



VOL: AÑO 3, NUMERO 6

FECHA: PRIMAVERA 1988

TEMA: LA OTRA CARA DEL PODER

TITULO: **Ética y poder en el ámbito psicoanalítico: La perspectiva de Jacques Lacan**

AUTOR: *Roberto Gutiérrez López*

SECCION: Artículos

TEXTO

Introducción

Sin duda, a partir de las aportaciones teóricas de Michel Foucault resulta ineludible un análisis más detenido sobre los diversos escenarios en que se desarrollan las prácticas sociales, las formas en que los sujetos son constituidos y la manera en que se articulan, desde lenguajes particulares, tipos específicos de relaciones de poder. De hecho, desde la perspectiva analítica inaugurada por Foucault, han proliferado estudios que intentan poner al descubierto la lógica del poder imperante en espacios diversos tales como la pedagogía, la sexualidad, la familia, la psiquiatría y el psicoanálisis. [1]

Reconociendo las contribuciones realizadas alrededor de esta problemática, nos parece pertinente, no obstante, evitar las generalizaciones y los juicios sumarios acerca de las disciplinas involucradas en los espacios mencionados. En tal sentido, en este trabajo nos interesará examinar la forma en que en el ámbito particular del psicoanálisis se abre, a partir de la obra de Jacques Lacan, la posibilidad de instaurar una relación entre los agentes implicados en la escena clínica -el psicoanalista y el analizante- ajena a los estilos coercitivos y no pocas veces moralizantes de la psiquiatría y el psicoanálisis oficial.

Ciertamente, la refutación de los presupuestos con que operan en no pocas ocasiones estas disciplinas, requiere de una formulación teórica rigurosa, que haga evidentes las ambigüedades de las doctrinas preocupadas más por "el bienestar" de los pacientes, que por suscitar la emergencia de una verdad -punto que aclararemos posteriormente- por completo ajena a cualquier imposición, sea ésta moral, médica o política. Por ello, en lo que sigue no podremos eludir el reseñar, así sea de manera muy sintética, algunos de los fundamentos teóricos que posibilitan la crítica al ejercicio dominante del psicoanálisis. Después de todo, esta crítica no expresa únicamente un reproche político ni representa tampoco un simple desacuerdo moral.

I

Una de las preocupaciones principales que recorre la enseñanza de J. Lacan consiste en esclarecer la posición del analista en la escena clínica. Ciertamente, la manera en que plantea su "retorno" a Freud abre toda una línea de cuestionamientos a las concepciones imperantes en el medio psicoanalítico, sobre todo a aquellas ligadas a la psicología adaptativa concernientes a la relación establecida entre analista y analizante y lo que en ella se encuentra en juego.

Lacan ha demostrado que entender el psicoanálisis como una terapia centrada en la conciencia del paciente a la manera de dicha psicología, implica una obturación del proceso analítico, que queda entonces atrapado en el orden de lo imaginario, orden en el que se juegan las expectativas de adaptación al medio, de mejoría y de reacondicionamiento, convirtiéndose esta disciplina en subsidiaria de una ideología en la que se distingue, como si correspondiera a valores naturales inobjektivos, lo normal de lo patológico, el vicio de la virtud, lo aceptable y lo condenable. Para Ana Freud, una de las principales representantes de esta psicología centrada en el "yo" del paciente, sería imprescindible romper con una mala costumbre, consistente en privilegiar el estudio del "ello" a costa del descuido de la instancia yoica. Desde su perspectiva habría que corregir y superar una tendencia observable en los orígenes de la práctica analítica en la que, y esto es lo que nos interesa subrayar en su posición, "cuestiones como las de la adaptación del niño o del adulto al mundo exterior, valiosos conceptos como salud y enfermedad, virtud o vicio no debían interesar al psicoanálisis". [2]

Ciertamente, el reclamo expresado por Ana Freud da cuenta de una concepción teórica fácilmente inscribible en una moral social que no deja de transmitirle sus exigencias. Finalmente, una teoría que hable sobre la adaptación a un mundo exterior que aparece como un referente natural y no problematizado, será siempre una teoría susceptible de ser oficialmente reconocida. En este sentido, es factible establecer una cierta relación entre planteamientos teóricos, enfoques clínicos y reconocimiento social.

Por otra parte, es evidente que un tratamiento que se fija como objetivo la reeducación emocional del paciente, adopta una ética particular que condiciona el tipo de intervención que realiza el analista con miras a lograr "el bien" del analizado. Alejándose de los intentos normativizadores siempre dispuestos a sentar reglas de conducta a través de la intervención explícita del analista, Lacan, en su escrito "La dirección de la cura y los principios de su poder" anuncia con respecto a su trabajo:

"La dirección de conciencia en el sentido de guía moral que un fiel del catolicismo puede encontrar, queda aquí radicalmente excluida" [3]

No se trata, pues, de una labor de convencimiento ni de una transformación en la conducta a partir del reforzamiento del yo del paciente vía su identificación con el analista y sus preceptos. Una "alianza terapéutica" de este tipo implica un pacto con el yo, lo que significa entrar en sus dominios y aceptar un juego íntimamente ligado a las veleidades y reforzamientos narcisistas de "la personalidad". Más aún, la estrategia analítica que se fija como objetivo la adaptación del yo a un medio social marcado por determinadas convenciones, parte de una consideración equívoca, consistente en atribuirle al yo del analista toda suerte de cualidades especiales, olvidando, como señala Lacan, que éste se recluta entre el común de los hombres. [4] Después de todo ¿por qué confiar en los valores, vale decir en los prejuicios del analista?, ¿cuáles son los riesgos que conlleva concebir al psicoanálisis como una pedagogía sustentada en una escala axiomática arbitraria? A este respecto, Lacan afirma en 1958:

"El analista que quiere el bien del sujeto repite aquello en lo que ha sido formado, e incluso ocasionalmente torcido. La más aberrante educación no ha tenido nunca otro motivo que el bien del sujeto". [5]

Para Lacan, es claro que por la vía de la reeducación emocional no se consigue salir del plano del desconocimiento y la imposición, ignorando lo que para Freud constituía el núcleo del psicoanálisis: la dimensión del inconsciente, inaprensible desde la reconvención moral y los prejuicios de la conciencia. Una pregunta puede servir como guía para medir la distancia que separa la psicología del yo del sentido básico de la obra de Freud. Sería

factible formular esta pregunta en los siguientes términos: ¿qué tipo de discurso se encuentra en juego en la sesión analítica? Desde la perspectiva de la psicología del yo, la comprensión, el entendimiento y la rectificación de la conducta tendrían un lugar prioritario, marcando por completo el itinerario del análisis. La escucha se relacionaría entonces con la captación por parte del psicoanalista del significado del discurso del paciente, consistiendo su tarea en extraer un sentido que le sería devuelto a éste bajo la forma de una explicación.

Al concebir el análisis como un diálogo entre dos sujetos colocados en una situación especular que les permite mantener una comunicación convencional, el yo aparece como elemento determinante, a contracorriente de las tesis de Freud que lo ubican como determinado por una causalidad bastante compleja. Así, la desvalorización de las enseñanzas de Freud sobre el inconsciente tiene como complemento la sobreestimación de las funciones y las capacidades de la conciencia. Lacan recuerda en este sentido que "la única función homogénea de la conciencia está en la captura imaginaria del yo por su reflejo especular y en la función de desconocimiento que permanece por ello ligada a ella", [6] Esto se relaciona directamente con las pretensiones adaptativas que buscan la consolidación de una identidad modelada sobre lo que tendría que ser una personalidad sin resquebrajamientos y fisuras.

Al tener como referente principal a la instancia de la conciencia, el discurso se presenta como un eslabonamiento constituido sobre la base de la lógica aristotélica, esto es, del pensamiento consciente; esa lógica imperante en lo que Freud llamó procesos secundarios para distinguirlos de aquellos que rigen el funcionamiento de lo inconsciente. No salimos aquí del campo de la conciencia, del territorio de los ideales, mismos que impregnan el objetivo de una cura condicionada por el "furor sanandi". Lo que resulta, entonces, es efectivamente una clausura del proceso analítico, en la medida en que se cierra la posibilidad de una escucha que atienda únicamente al encadenamiento de los significantes del discurso, ahí donde los mecanismos imperantes son la metáfora y la metonimia, mecanismos que aparecen de manera clara, por ejemplo, en la estructura del sueño. La interpretación analítica no puede, por ello sustentarse en las significaciones aparentes del discurso y no puede concebirse tampoco como la aplicación simple de una teoría preexistente.

Si algo tiene para Lacan primacía en el análisis es precisamente el libre fluir del discurso, lo que se expresa, y no de manera casual, en la regla analítica fundamental. Dicha regla que establece el "diga todo lo que se le ocurra" como única propuesta al analizante, junto con la ubicación del analista en una posición que no inhiba la libre asociación, sino que sea capaz de relanzar constantemente el discurso superando las resistencias, en el análisis, a hablar sin cortapisas es lo que vuelve factible el encuentro con lo inconsciente.

Se trata aquí de un rigor ético, que excluye la intervención del analista en tanto guiada por una preocupación excesiva por "sanar" al paciente. Como se señala en "Variantes de la cura tipo", si se cura es por añadidura, pero lo cierto es que el psicoanalista no actúa para hacer "sentir mejor" al analizado. [7] Así, lejos de tratar de confrontar, aconsejar o satisfacer demandas, el analista ocupa un lugar que le permite la producción de un discurso no convencional, a través del cual se realizará el cuestionamiento de las certidumbres imaginarias del analizante. Esto, en tanto que "es la desagregación de la unidad imaginaria que constituye el yo donde el sujeto encuentra el material significativo de sus síntomas. [8]

Cuando el psicoanalista ocupa dicha posición, está renunciando, de hecho, a la ilusión de una cura basada en la aplicación mecánica de un saber que revelaría al sujeto la verdad sobre su sufrimiento. Permitir que el discurso siga su marcha, sin atender a prejuicios o a

clasificaciones hechas de antemano por la teoría, abre la posibilidad de escuchar la particularidad presente en cada análisis. Si el psicoanalista se escuda en el saber, pretendiendo encuadrar todo lo que escucha en una teoría que aparece como omnipotente, estará faltando, ciertamente, a un compromiso ético. Sus interpretaciones, lejos de promover el libre juego de la palabra -y sólo ello permite el acceso a lo inconciente- la sofocarán por la vía del diagnóstico clasificatorio que se perfila así, dentro del contexto de un análisis, como un simple acto autoritario.

En todo ello, la cuestión que se encuentra en juego es la siguiente: ¿Quién es el que sabe en la relación analítica? Para la psicología adaptativa centrada en el análisis del yo, la respuesta es sencilla. Sin reparar en los riesgos que conlleva confiar en lo evidente, nombraría al psicoanalista como aquel que efectivamente sabe lo que ocurre con el paciente.

Puede afirmarse que lo que esta teoría ha hecho, es construir a la medida los supuestos que le permitirán sobrevalorarse a ella misma. Así, sin traicionar a la tradición de pensamiento anglosajón, dentro de la cual surge, y a sus modelos de relación ciencia-técnica, el saber analítico se considerará como susceptible de ser utilizado instrumentalmente según el criterio del propio analista.

En contraste, aludiendo a la política del psicoanalista, Lacan señalará en su escrito sobre la dirección de la cura que éste haría mejor en ubicarse por su "falta en ser" que por su presencia. De aquí la importancia de la función del analista, que al no ocupar el lugar que la propia idealización del analizante le asigna, el del saber, hará factible que su palabra no se encierre en una nueva captación imaginaria. Esto en tanto resulta claro que, para el analizante, su inserción en una relación que tiende a romper sus certezas tradicionales, significa la apertura de una historia en la que tomará un lugar distinto al que ocupaba en el horizonte de sus relaciones cotidianas. Las transformaciones producidas, pondrán de manifiesto el desconocimiento del yo con respecto a su propia estructuración. Sus determinaciones, por decirlo así, se ubican fuera de su alcance -se localizan en el campo de una dialéctica parental transubjetiva- excediendo su entendimiento y desbordando su narcisismo.

En esta óptica, la ética en juego en el análisis excluye, por principio, la intromisión de cualquiera de las morales tradicionales. Es una ética, por el contrario, que tiene como referencia al discurso y a la lógica significante -aquella del doble sentido, de la metáfora y la alusión- que en él actúa. Una tarea central del analista será entonces la de hacer cumplir al analizante la regla fundamental, y en ello su silencio está comprometido. En todo caso, cuando el analista interviene no puede hacerlo a partir de su yo ni de su concepción de la realidad. Su único deseo afirma Lacan, será el deseo de analizar.

II

Así pues, la teoría lacaniana tiene un sólido fundamento para criticar a las psicologías dominantes y sus "supuestos éticos". La conceptualización de Lacan acerca del deseo trastoca por completo volviéndolas inoperantes en la situación analítica, algunas de las ideas centrales de una tradición moral ligada íntimamente al humanismo. El bien -y el bienestar que de él se desprende-, la satisfacción, la realización del ser, la felicidad del hombre y su armonía con el mundo, etc., no son sino formas idealizadas que se estrellan frente a lo innumerable del deseo y con la dimensión de muerte emparentadas con el goce. Si el objeto causa del deseo es un objeto perdido para siempre; si la carencia es entonces fundante del sujeto; si no hay posibilidad de colmar el deseo por más que se demande; si existe esta carencia originaria provocada por la prohibición del incesto que lanza al sujeto a una búsqueda incesante de objetos sustitutos, entonces será más que

una falacia la propuesta de cura como adaptación o como acceso a un estado ya sea de bienestar, de armonía o de saber absoluto. De aquí que ninguna legislación sea posible para establecer lo que el hombre debe hacer para obtener lo que desea. De hecho, esta problemática es, en sí misma, falsa. Colette Soler plantea la cuestión en estos términos:

"Lacan puso el énfasis en la dimensión trágica del deseo, insistiendo en que la revelación del deseo que se realiza en una cura analítica de ningún modo desemboca en la benevolencia universal. Se vincula, al contrario, con el ser -para- la muerte y con el odio... de hecho, en el movimiento hacia el logro de su deseo, el sujeto siempre fracasa de algún modo, siempre da algún traspié cómico ligado a su imposibilidad de asimilarse al falo". [9]

Búsqueda pues infructuosa de un objeto inencontrable. El sujeto, deseante a partir de la prohibición que instauro al goce imposible, no podrá ser pensado entonces sino como sujeto escindido, marcado por un malestar fundado en la forma misma en que advino a la existencia. Desde Freud sabemos que este malestar está presente. Son sobre todo sus elaboraciones sobre la pulsión de muerte las que lo llevarán a desconfiar de las utopías sobre el progreso y la felicidad humana. En "El malestar en la cultura" puede leerse, a propósito de la sexualidad, lo siguiente:

"Muchas veces uno cree discernir que no es sólo la presión de la cultura, sino algo que está en la esencia de la función misma lo que nos deniega la satisfacción plena y nos esfuerza por otros caminos". [10]

El llamado pesimismo freudiano es obviamente difícil de asimilar por una psicología incapaz de profundizar en las determinaciones de la subjetividad por el hecho de ser subsidiarias de los ideales y los espejismos imperantes en un cierto contexto social. La psicología, del yo, floreciente en sociedades pragmáticas y utilitarias, es entonces susceptible de ser reconocida socialmente en tanto aparece como una disciplina funcional y no perturbadora. La teoría pierde así solidez y se torna superficial en la medida en que el desconocimiento propio de lo imaginario, ese orden donde prevalecen las idealizaciones, le imprime sus marcas y limita su alcance.

Se entiende entonces el retorno a Freud planteado por Lacan y la vía por la que lo emprende, que necesariamente implica una crítica a fondo de las psicologías en boga. Por lo demás, la propuesta de Lacan, que como se ha visto implica una ética ajena a los adoctrinamientos y a las recomendaciones sobre pautas de conducta, se torna especialmente molesta para los círculos analíticos oficiales al insistir en la improcedencia de la aplicación de un saber por un analista que cree tener la verdad sobre el paciente, cuando en realidad ésta habita en su discurso aunque él mismo lo desconozca. Aquí la regla analítica vuelve a aparecer como fundamental. En este sentido, la ética del psicoanálisis se relaciona estrechamente con lo que Lacan recuerda constantemente y que da título a un apartado de "variantes de la cura-tipo": "lo que el psicoanalista debe saber: ignorar lo que sabe". [11]

En la obra de Lacan, puede detectarse así un esfuerzo constante por restituirle al psicoanálisis una dignidad que había perdido. El saber analítico se ve entonces beneficiado al trabajarse en profundidad y sin transigir con demandas impuestas por ideologías prestablecidas. De aquí que, como trabajo teórico, la obra de Lacan deberá ser leída también como una empresa donde hay ética presente.

A partir de los desarrollos anteriores, es factible afirmar que el psicoanálisis no necesariamente implica un régimen de coerción y normalización adaptativa. Aun si se reconoce que la relación establecida entre analista y analizante es una relación asimétrica, debe subrayarse que ésta apunta no a una modificación de la conducta o a una clasificación discriminatoria, sino a la reescritura de la historia del sujeto a partir de la liberación de un discurso ignorado por su propia conciencia, vale decir, por sus certidumbres imaginarias.

Difícilmente puede entonces ser conceptualizado este estilo de práctica analítica bajo el modelo de la confesión, tal y como lo propone Foucault en el primer volumen de su Historia de la Sexualidad. [12] En este sentido, tal vez convenga subrayar el hecho de que en el espacio analítico la posición del psicoanalista impide -y aquí reside un imperativo ético- que la palabra en juego tenga como destino un juicio moral e incluso una teorización científica. En tanto el tipo de escucha es radicalmente distinto desde el momento en que el analista se borra como sujeto con una determinada identidad, no existe a quién dirigir "la confesión", suponiendo incluso que el analizado desee someterse a un ritual de tal naturaleza. Al no haber quién responda de manera ya sea convencional o médica, el discurso comienza a transitar por otras vías y a producir otros efectos, dando lugar, precisamente al surgimiento de la dimensión de lo inconciente.

Esto no implica, desde luego, que el poder está por completo ausente, pues existe desde el momento en que el paciente atribuye al analista el saber sobre su propio sufrimiento -pues tal es la razón del análisis- y por ende la capacidad para "curarlo". Los efectos derivados de esta idealización pueden, efectivamente, conducir hacia un manejo autoritario con una finalidad más o menos pedagógica, pero también llevar a la constitución de una instancia sin la cual no sería posible eludir los espejismos de la conciencia ni reconstruir la genealogía del síntoma. Así, en la medida en que no hay autoanálisis "posible, pues lo que se trata no es ni de autoreflexión ni de introspección, el punto importante estriba en la función de ese "otro" que encarna el analista así como de los efectos que produce. Habría que reconocer, entonces, que esa relación de poder que se establece en un cierto nivel en la escena analítica, conduce, a condición precisamente de ser eludida por el analista en el curso de las sesiones, no a una reproducción de esa relación asimétrica entre un individuo empeñado en conservar sus recursos de mando y otro sometido por su ignorancia y debilidad, sino -a través de la producción de un discurso inédito- al rompimiento de ese vínculo, esto es, a la terminación del análisis.

No deja de ser paradójico, sin embargo, que la abstención del analista en cuanto a la emisión de juicios y opiniones morales, médicas o políticas, sea vista por autores como Robert Castel como la prueba misma de que el psicoanálisis -incluido de manera explícita el derivado de la enseñanza de Lacan- representa, por la forma en que se estructura su práctica, un apoyo significativo para la reproducción de los poderes establecidos socialmente.

Al definir su propio trabajo, Castel señala que "propone un esquema para concebir como inmediata y esencial a complicidad que une el funcionamiento intrínseco de la relación analítica y ciertos mecanismos constitutivos de la ideología dominante... Trataré de individualizar aquello que en la "convención" constitutiva de la existencia del psicoanálisis reitera las estructuras dominantes del poder y lo hace desde un comienzo cómplice del sistema socioeconómico en el cual se inscribe". [13]

En la argumentación de Castel, lo que aparece como una urgencia teórica-política es el demostrar que no sólo el uso social del psicoanálisis y su recuperación por instituciones de diversa índole tiene una significación política, sino que la estructura misma de la relación dual, su contrato constitutivo, implica una relación de poder y produce efectos

socio-políticos a partir, precisamente, de la "neutralidad" del analista. Así, lo que en la perspectiva lacaniana funcionaba como deslinde de la psicología adaptativa y de las pretensiones normalizadoras de las corrientes dominantes de la psiquiatría y el psicoanálisis, se perfila, en el trabajo de Castel, como el punto en torno al cual se teje la complicidad entre psicoanálisis y poder social. Para dicho autor, el dispositivo técnico del psicoanálisis "opera imponiendo una suspensión de la realidad, una neutralización de aquello que en la existencia ordinaria nunca es neutro" [14]. De aquí que la neutralidad de psicoanalista, que para el autor invariablemente deberá ser entrecomillada, representa una "pantalla para no pensar la responsabilidad del psicoanalista en la sociedad... Esta actitud no es otra que la del apoliticismo. Sería extraordinario que no tuviera también aquí las implicaciones políticas precisas que siempre tiene: la consolidación del statu quo político.

Hablando técnicamente, la neutralidad analítica es una condición de posibilidad de la transferencia; hablando políticamente, es la encarnación de la política del apoliticismo". [15]

Ante esta lectura de la práctica analítica, vale preguntarse, nuevamente, acerca de lo que constituye el campo específicamente analítico, cuáles las coordenadas que lo definen y la búsqueda que le da sentido. Ciertamente, a partir de Freud se fundó de una manera teóricamente rigurosa un espacio de conocimiento articulado alrededor de lo inconsciente, que permitió el estudio de las formas complejas en que se constituye la subjetividad primaria del sujeto. Prohibición, deseo, sexualidad, compulsión a la repetición y la dimensión de la muerte, se dibujaron como cuestiones no ajenas a la manera particular en que cada individuo advenía a un modo simbólico que, en su propio funcionamiento, lo prefiguraba como sujeto. Como hemos visto, Lacan trató de subrayar la importancia de la carencia originaria, y la manera en que cada individuo se juega en relación a ella, siendo el psicoanálisis la teoría que intenta dar cuenta de dicho proceso. Con esto en mente, podemos afirmar, pues, que la crítica de Castel a los modos en que se instaura la relación analítica, ignora la especificidad del objeto de conocimiento del psicoanálisis así como la problemática que se desenvuelve en el curso de las sesiones.

Intentar reintroducir la dimensión de la política, más aún, de una determinada posición política, implicaría confundir espacios en aras de una "politización", por lo demás siempre discutible, y violentar el espacio analítico de manera semejante, aunque con contenido distinto, a la de cualquier disciplina que contemplara la "dirección de la conciencia". Renunciar a la neutralidad analítica significaría, necesariamente, tomar una cierta posición ideológica y política, pero ubicados en ese terreno sería difícil, dada la multiplicidad de posiciones, determinar a priori cuál de ellas estaría más emparentada con la perspectiva de la liberación, a menos que esto fuera decretado, valga la ironía, autoritariamente.

En síntesis, es legítimo afirmar que el psicoanálisis lacaniano puede entenderse como un saber con un objeto específico y una práctica acotada, que no tiene como objetivo reproducir una cierta estructura de poder y que tampoco busca servir instrumentalmente a determinadas doctrinas morales o políticas.

Su compromiso, para decirlo en términos freudianos, se ubica en "otra escena", diversa a aquella en la que transcurren las vicisitudes sociales y políticas.

CITAS:

[1] Véase, por ejemplo, M. Foucault, et al., Espacios de Poder Madrid, Las Ediciones de la Piqueta No. 6, 1981; Robert Castel, El Orden Psiquiátrico, Madrid, Las Ediciones de la Piqueta No. 5, 1980; Franco Basaglia, Los crímenes de la paz México, Siglo XXI, 1977.

[2] Ana Freud, *El yo y los mecanismos de defensa*, Barcelona, Paidós, 3a. Reimpresión, 1982, p. 14.

[3] J. Lacan, "La dirección de la cura y los principios de su poder", en *Escritos 1*, México, Siglo XXI, novena edición, 1981, p. 218.

[4] Cf. J. Lacan "Variantes de la cura-tipo" en *Escritos 2*, México, Siglo XXI, octava edición, 1983, p. 107.

[5] J. Lacan. "La dirección de la cura y...", p. 251.

[6] J. Lacan. "Posición del inconciente" en *Escritos 2*, México, Siglo XXI, octava edición, 1983, p. 368.

[7] En este trabajo Lacan señala explícitamente con respecto al analista: "Si admite pues el sanar como beneficio por añadidura de la cura psicoanalítica, se defiende de todo abuso del deseo de sanar" en *Escritos 2*, México, Siglo XXI, octava edición, 1983, p. 92.

[8] J. Lacan. "La cosa freudiana o sentida del retorno a Freud en psicoanálisis" en *Escritos 1*, México, Siglo XXI, novena edición, 1981, pp. 169-170.

[9] C. Soler. "La ética del psicoanálisis" en *Escansión* núm. 1, Paidós, Buenos Aires, 1984, p. 188.

[10] S. Freud. "El malestar en la cultura" en *A medio siglo del malestar en la cultura*, México, Siglo XXI, 1981, p. 70.

[11] J. Lacan "Variantes de la cura-tipo"..., p. 117.

[12] Dado el impacto de este trabajo y de lo minucioso de su argumentación a este respecto, creemos conveniente citarlo en extenso. De hecho, Foucault se pregunta cómo "esa voluntad de saber relativa al sexo, que caracteriza al Occidente moderno, hizo funcionar los rituales de la confesión en los esquemas de la regularidad científica". Su interrogante específica la plantea en estos términos: "¿cómo se logró constituir esa inmensa y tradicional extorsión de confesión sexual en formas científicas?". Para responder a esta cuestión, Foucault refiere básicamente a lo que llamaría "una codificación clínica del "hacer hablar": combinar la confesión con el examen, el relato de sí mismo con el despliegue de un conjunto de signos y síntomas descifrables; el interrogatorio, el cuestionario apretado, la hipnosis con la rememoración de recuerdos, las asociaciones libres: otros tantos medios para reinscribir el procedimiento de la confesión en un campo de observaciones científicamente aceptables". Junto a dicha necesidad de codificación, este replanteamiento de la confesión se explicaría por los siguientes elementos: "Por el postulado de una causalidad general y difusa: el deber decirlo todo y el poder interrogar acerca de todo encontrarán su justificación en el principio de que el sexo está dotado de un poder causal inagotable y poliformo... Por el principio de una latencia intrínseca de la sexualidad: si hay que arrancar la verdad del sexo con la técnica de la confesión, no sucede así simplemente porque sea difícil de decir o esté bloqueada por las prohibiciones de la decencia, sino porque el funcionamiento del sexo es oscuro; porque está en su naturaleza escapar siempre, porque su energía y sus mecanismos se escabullen... Por el método de la interpretación: si hay que confesar, no es sólo porque el confesor tendrá el poder de perdonar, consolar y dirigir, sino porque el trabajo de producir la verdad, si se quiere validarlo científicamente, debe pasar por esa relación... Por la medicalización de los efectos de la confesión: la obtención de la confesión y sus efectos

son otra vez cifrados en la forma de operaciones terapéuticas. Lo que significa en primer lugar que el dominio del sexo ya no sería colocado sólo en el registro de la falta y el pecado, del exceso o de la transgresión, sino -lo que no es más que una trasposición- bajo el régimen de lo normal y lo patológico". M. Foucault, Historia de la Sexualidad, La voluntad de saber, México, S. XXI, 1977, pp. 82-85.

[13] Cfr. Robert Castel El Psicoanalismo, el orden psicoanalítico y el poder, México, Siglo XXI, 1980, pp. 8-11.

[14] Op. cit. p. 38.

[15] Op. Cit. pp. 45-47.